

# LA MADRE Y EL NIÑO

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE Y EDUCACION

FUNDADA Y DIRIGIDA POR EL

Dr. MANUEL DE TOLOSA LATOUR

## SUMARIO

Revista general, *Juan Perez Zúñiga*. — Los juguetes, *Dr. Marin Perujo*. — La exposicion de niños, *Dr. Houssu*. — Los niños sin familia, *Rafael de Tolosa*. — La miseria en Alicante, *Dr. Calatraveño*. — Preceptos de la Ciencia: La difteria, *Dr. Tolosa Latour*. — El Asilo de Santa Lucía. — El Hospicio de Madrid. — Un Padre, *Luis Bonafoux*. — El secreto de la domadora, *Federico Degetau*. — Somma. — Dichos y hechos. — Ecos teatrales: *Un Padrazo*. — Publicaciones recibidas. — Correspondencia.

## REVISTA GENERAL

Si yo fuera uno de esos poetas subvencionados, sin duda, por las mariposillas, el céfiro, los ruiseñores y todas las plantas, desde el nardo hasta la berengena, dedicaríá mi Revista de Octubre á describir la caída de la hoja. Mas yo, respecto á este gastado asunto, y por llevar la contraria á los vates silvestres que ensalzan en primavera la *generosidad* de la vegetacion, solamente afirmo (y no habrá quien lo niegue) que ésta tiene más *desprendimiento* en el otoño.

Comienza el frío; los desnudos caminos reclaman abrigo, y la Naturaleza, convirtiéndose en esterera de sí misma, les cubre de secas y abarquilladas hojas desprendidas de los árboles, los cuales, á imitacion de las personas, en cuanto el traje que un día les engalanó se torna raído y viejo, le arrojan de sí.

\*  
\*\*

Uno de los signos característicos de la estacion es el movimiento estudiantil.

¡Cuánto jóven acude desde su pueblo á terminar la carrera que tal vez ha de proporcionar el sustento á su anciana madre, la cual pasa el curso contando los días que restan para abrazar de nuevo á su hijo; días gastados por éste quizá en malaventuradas aventuras!

¡Cuántos chiquitines, tras el beso y el consejo maternal, se dirigen ya á la escuela tremolando el Caton ó el Fleury al compas de alegres brincos, que en vano tratan de reprimir sus acompañantes, esas Trifonas ó Policarpas que están en la casa *para todo!*

¡Cuántas señoritas comienzan á dar sus paseos hácia el Conservatorio, llevando en su regazo el método de canto (ó de plano), vigiladas por mamás inverosímiles y escoltadas por algun que otro aspirante al *sí sostenido!*

Y, á propósito de señoritas y de enseñanza, ya habrán leído Uds. lo relativo á las telegrafistas del bello sexo.

Siempre que no se pretenda sacar de quicio las condiciones peculiares de la mujer, dándole una ilustracion impropia de su mision en el mundo, parecenos muy bien todo aquello que se disponga en utilidad suya, ampliando sus medios de ganar el sustento digna y decorosamente. Y no hay que decir que las aspirantes á telegrafistas no tienen mucho adelantado para serlo. ¡Qué mujer no habrá hecho *telégrafos!*

\*  
\*\*

Parece ser que el Sr. Villaverde, gobernador de la provincia, piensa dictar sérias disposiciones encaminadas á la represion de la blasfemia.

Mucho se ha generalizado, por desgracia, este delito en todas las clases sociales, y cuantos medios se pongan en juego para lograr su relativa extincion serán en extremo laudables.

Y si la blasfemia es censurable en boca de los hombres, ¡cuán repugnante es en labios de los niños!

Procúrese corregir á esas criaturas de la clase baja, que apénas saben hablar ya lanzan el *dó de pecho* (llamémosle así), imitando á los blasfemos adultos. Multiplique el señor gobernador sus esfuerzos en pro de la moral, y se lo agradecerán muchas madres que temen se contagien sus hijos con el referido delito y con otras mil graves impudicias que agitan á la juventud muy especialmente en Madrid.

Porque hay que tener en cuenta que, con más razon que se llama *Villaverde* al gobernador, se puede llamar *Villa-verde* á la capital de la provincia que gobierna.

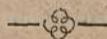
\*  
\*\*

La falta de espacio nos impide ocuparnos de otros asuntos, y terminamos estas líneas dedicando un recuerdo á nuestro amigo Darío Céspedes, empleado laborioso y escritor distinguido, cuyo fallecimiento ocurrió días pasados.

¡Miren Uds. que es mucho cuento!

¡No ha de haber Revista en que no tengamos que dar alguna noticia necrológica!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.



## LOS JUGUETES

Todo lo que se relaciona con el chiquitín tiene influencia marcadísima en su educación física y hasta en su educación intelectual y moral. Esto es preciso tenerlo siempre muy en cuenta, y hemos de quedar en que las madres no han llegado todavía á comprenderlo bien.

Esas máximas religiosas sencillísimas que recitáis delante de los niños; esas oraciones también muy sencillas que queréis que aprenda el futuro hombre de letras cuando balbucea algunas palabras; esos rezos y signos cristianos que preceden al beso de despedida que dais llenas de amor á aquel pedazo de vuestro corazón cuando le dejáis en la cuna con el sueño de los ángeles; esas reprensiones, esos pequeñísimos castigos, esas actitudes serias, esos medios de educación que poneis en práctica, luchando horrorosa, denodadamente con vuestro corazón amantísimo y tierno, que protesta siempre contra los castigos, por insignificantes que éstos puedan ser, todo esto ¡qué sublime, qué maravilloso es! ¡Qué materiales tan preciosos para construir poco á poco un edificio indestructible! ¡Qué educación tan oportuna, tan discreta, tan sencillísima y tan completamente eficaz! Ya no desvían al adolescente los mil alicientes mundanos que encuentra á su paso. ¡La juventud ha corrido también sin obstáculos! El hombre está en la plenitud de sus facultades, camina después á la ancianidad, muere.... ¡Oh qué existencia tan feliz! ¡Este niño tan perfectamente educado ha sido utilísimo á sí mismo, á la familia, á la sociedad, á Dios!

Perseverad en estas prácticas pronto, muy pronto; afianzad, vigorizad con buenos maestros, con discretos directores, con ilustrados sacerdotes, con la influencia paternal estos hábitos cristianos é higiénicos. ¿No veis que el enemigo se presenta cada vez más osado y terrible...?

Pero importa no limitar sólo á esto la educación. ¿Creeis, por ventura, que no influye en los actos del tierno infante ese juguete más ó menos caprichoso que poneis en sus manos? ¿Creeis que vuestro hijo, muy obediente, muy resignado y muy bueno, al parecer, debe tener por recompensa esos caprichosos juegos de movimiento ó de otra índole que en forma de objetos más ó menos elegantes, caprichosos ó ridículos, exhiben los escaparates y las tiendas? ¿Creeis que hasta es conveniente al niño un juguete que parece representar y demostrar un hecho de Mecánica?

No, esto no es conveniente, esto no es ventajoso. Importa demostrarlo, porque vemos que hasta personas muy ilustradas caen en este error. El niño, cuando rompe un juguete, no aprende nada, no descubre nada, como se pretende. ¿Formarás idea de los resortes de una maquineta? ¿Descifrará el problema del movimiento de un tren? ¿Comprenderá, después de analizar, tantear y destruir mil juguetes, lo que es el fluido eléctrico? ¿Habrás llegado á comprender la causa de los movimientos vertiginosos del monigote que le compraron? ¿Deducirá alguna consecuencia práctica de la colocación especial y fantástica de ciertas figuras? No;

acaso os lo dirá de memoria; quizá sea rutinario como los padres, y rutinariamente hable de unos párrafos de Física, Historia ó Geografía. No os entusiasme esto; no atribuyais al juguete semejantes maravillas. Estos puntitos científicos que el muchacho se permite, accediendo á los deseos de los mayores, ni son ciencia ni cosa que lo valga. Al recitarlos, probará el chico que tiene una memoria feliz, pero nada más. Yo no me avengo á creer que los hechos científicos que se relacionan con los juguetes sirvan ni siquiera de útil preparación á los párvulos. Lo que yo creo que sucede es que los chicos aficionados á muchos juguetes y monigotes se enseñan mal criados, exigentes, despilfarradores, holgazanes, ambiciosos y destructores. Miran con tibieza á los maestros, van de mala gana al colegio, regresan de las cátedras ávidos de ensayar y romper las figuras que les dieron, no se acuerdan de los libros, no hablan de cosas de escuela ni de compañeros aplicados, discurren travesuras para permanecer en sus juegos, y se apartan cada vez más de las lides del saber y de las discusiones infantiles. Estos niños, acostumbrados ahora á esos gastos tan inútiles y perjudiciales, serán los jóvenes que más adelante se habitúen á otros entretenimientos muy caros y desventajosos. Empezaron de muy jóvenes á invertir el dinero en caprichos, y caprichosos seguirán siendo después; y estos caprichos, estos juegos, no serán de tan poca trascendencia que no se den la mano con vicios detestables, sumiendo en la ignorancia y en la desesperación á los hombres.

Yo procuro hacer comparaciones y dar carácter práctico á lo que tengo observado, y creo que no ocurre otra cosa que lo que estoy diciendo. Niño lleno de juguetes, abrumado con regalos y mimado por padres, abuelos, tíos, hermanos, primos y amigos, niño destructor, desaplicado y exigente. Pero ¿qué ha de ocurrir sino esto? Niño hay que dispone de una habitación para almacenar sus juguetes; y si la tramais con él, ganando sus simpatías, cosa harto fácil si os disponeis á ser tan niño como el que va á satisfacer vuestra curiosidad, oireis que este hermoso caballo fué regalo de su abuelo; que aquel bonito velocípedo se lo compró su papá; que el otro monigote se le dió su mamá; que aquí hay soldados; que allá se encuentran santos muy bonitos; que en otro lado existen trenes y animales; que más adelante hay cajas, argollas, pelotas, sables y trajes.

Este niño, abrumado con objetos tan múltiples y variados, indiferente á todo, prescinde de todo ó rompe todo, tarde ó temprano, sin divertirse, sin comprender todavía lo que es la Caja de ahorros, en la que debiera ser propietario de la no despreciable cantidad que se despilfarró en cosas inconvenientes, sin tener adquiridas aún las más pequeñas nociones de economía, sin mostrar verdadera afición á los colegios, á las discusiones, á los juegos sencillos é improvisados, á los entretenimientos baratos.

¿Es esto conveniente? Repetimos una vez más que no. Nosotros, que queremos como higienistas el desarrollo físico de los infantes; nosotros, que ya hemos probado en esta ilustrada Revista que sin educación

física, sin vigor en el cuerpo no hay educacion intelectual ni vigor en el espíritu, proclamamos la necesidad de que los niños corran, bailen, jueguen, se ejerciten al aire libre y se avengan con los trapecios y juegos de movimiento; pero ¿no es esto factible sin comprar juguetes caros y desventajosos? La educacion física ¿se espera de los monigotes, ó de las figuras ridículas y extravagantes, ó de cosas muy bonitas, pero muy caras? Estas cuestiones atañen más á la higiene que á la economía doméstica, y al higienista toca manifestarlas sin rodeos ni escrúpulos.

¡Veo yo tantos diablos de chicos que sin juguetes, ó con juguetes improvisados y sencillísimos, se divierten y corren, dejando poco menos que burlados á otros niños llenos de monigotes, cajas y velocípedos!...

¡Me encantan tanto esas simpáticas y alegres niñas que, con una muñeca de trapos y aún con un cepillo, gorro, pañuelo ú otro objeto tan bizarro, simulan con donaire y encanto las escenas tiernísimas que tienen las madres con los hijos!...

Así se han de divertir los niños, sin instrumentos que les preparen, sin gastos que les hagan viciosos y despilfarradores, sin cosas que sirvan para satisfacer sus mañas ó sus caprichos. El niño discurrirá juegos y más juegos, y estos juegos, además de ser baratísimos, no llevarán peligros, no embarazarán los movimientos, no necesitarán de pajes ni niñeras, no influirán desventajosamente en la educacion y no predispondrán á la holgazanería. Si algo comprais á vuestros hijos, tened cuidado que sea barato, útil para el ejercicio físico, y cómodo, como pelotas, sogas, etc., etc.

¿Creéis, por ventura, que estas pobres observaciones se dirigen al mayorcito, al que ya está para ingresar en el Instituto? ¡Ah! ¡este jóven necesita otros consejos, otras advertencias!

DR. MARIN PERUJO.

## LA EXPOSICION DE NIÑOS

Nuestro corresponsal en París nos escribe acerca del ya famoso concurso y exposicion de niños que se pensaba celebrar en el presente mes, y del que contábamos dar extensa cuenta á nuestros lectores.

«No es posible imaginarse — dice — el interes que había por ver realizado este pensamiento. Francia atraviesa una verdadera crisis en lo que á poblacion se refiere, y cuanto estimule á la conservacion de los niños es bien acogido por los filántropos y cuantas personas se interesan seriamente por el porvenir de su país.

La Comision médica que había formulado su informe favorable al concurso ha protestado del acuerdo del prefecto de Policía en estos términos:

«Los médicos abajo firmantes, que han prestado su apoyo médico con el mayor desinterés al Comité de organizacion del Concurso Internacional de salud y belleza de la Infancia, considerando que una Comision médica formada por ellos ha estudiado las condiciones del concurso bajo un punto de vista exclusivamente científico, como lo prueba el acta de la sesion en ple-

no del 23 de Septiembre, y el aviso de convocatoria dirigido á los padres de los concurrentes;

Considerando, además, que nunca en este concurso podría equipararse el peligro de la aglomeracion con el que se produce diariamente en las casas-cunas, asilos, salas de vacunacion, en que se hallan reunidos niños que están en condiciones higiénicas y de salubridad muy inferiores á las que gozan los niños llamados á concurrir;

Afirman que no habrá inconveniente en reunir durante algunas horas, en el vasto local, perfectamente aireado y cuidado, del Pabellon de la Villa de París, una serie de niños reconocidos como sanos á la entrada;

Protestan enérgicamente contra la afirmacion injuriosa del prefecto de Policía, que considera este concurso como una exhibicion ajena en un todo á todo interes científico;

Y protestan además contra la lamentable ligereza con que el prefecto, sin haberse informado si existía ó no una Comision médica del concurso, ha formado una Comision especial de médicos funcionarios que no se habrían podido pronunciar en el sentido expresado si hubieran emitido su informe con perfecto conocimiento de causa y con plena libertad de apreciacion».

Hé aquí el estado de la cuestion: Firman esta protesta los doctores Chassaing, Vivien, Navarre, Lefèvre, Vandremetz y Montaigne.

Se cree que, por fin, se celebrará dicho certámen, pues son muchos los industriales que han hecho gastos de importancia».

DR. HOUSSU.

## LOS NIÑOS SIN FAMILIA

CONCLUSIONES DE UN INFORME DE LA SRA. BOVELL-STURGE  
DOCTOR EN MEDICINA

I. Los niños sin familia tienen necesidad de cuidados particulares, no sólo por su físico, generalmente inferior, sino también por la debilidad del sentido moral en ellos y su predisposicion hereditaria para el vicio.

II. El sistema de reunir estos niños en gran número en escuelas, aparte de privarlos de toda relacion con los otros niños y con el mundo, fuera de las cuatro paredes de la escuela, es absolutamente contrario á las leyes de la Naturaleza y de la Humanidad: 1.º, por la presencia continua en las escuelas de enfermedades de la piel, de los ojos y de la cabeza; 2.º, por la lentitud en el desarrollo de la inteligencia en los niños; por la indiferencia á todo lo que pasa á su alrededor; por la apatía moral; y más tarde, por la ausencia de todo poder de iniciativa que les caracteriza.

III. Siendo la vida de familia la vida natural para todo niño, convendrá, siempre que sea posible, tratar de proporcionárselo á los hijos del Estado, creando para ellos una familia adoptiva. Los informes sobre *Cottage Homes* (casas de familia), cerca de Lóndres, y los de la Srta. Preumer sobre los niños pensionistas, cuyas familias son escogidas en el campo, nos demuestran: 1.º, que

los resultados de este sistema son excelentes, tanto bajo el punto de vista de la salud como de la inteligencia y moral de los niños; 2.º, que este sistema, lejos de ser más costoso que el de las escuelas, necesita actualmente ménos gastos en proporción por cada niño.

IV. Los niños del Estado, los que van por el mundo para ganarse la vida, tienen necesidad, durante los primeros años, de una cierta vigilancia amistosa: 1.º, á causa de la predisposición hereditaria al vicio que existe en gran número entre ellos; 2.º, á causa de las relaciones que puede haber con parientes criminales ó vagabundos. Esta vigilancia no puede ejercerse oficialmente. Debe siempre depender de la buena voluntad de personas benévolas, que se interesen por estos niños y les den sus simpatías y sus consejos durante un crítico período de su vida.

V. El Estado y los individuos, haciendo esfuerzos por la educación de los niños sin familia, no solamente llenan un gran deber humanitario, sino que proporcionan una vida honesta á miles de seres que parecían predestinados al vicio, contribuyendo grandemente al bienestar de la sociedad en general y de la nación entera.

Version española de RAFAEL DE TOLOSA LATOUR.



## LA MISERIA EN ALICANTE

En una carta publicada por nuestro distinguido compañero Dr. Calatraveño, que fué encargado por la Dirección de Beneficencia de auxiliar en sus trabajos de inspección á los delegados oficiales, hallamos los siguientes párrafos, que revelan el grado de miseria que existe en aquella parte de España:

« Visitamos—dice—quince casas, y en ellas veintitres enfermos, pudiendo apreciar el estado de miseria en que se encuentran sus infelices habitantes, que están realmente diezmados por el paludismo. No pudimos apreciar ni un solo caso remotamente sospechoso, y sí ese Proteo que se llama manifestaciones palúdicas, que ya aparecen bajo la forma de neuralgias, ya de gastrorragias, ya de melenas, simulando los padecimientos más varios, que se agravan más y más debido á la falta de recursos y á una acequia que da un brazal colindante con la parte baja del pueblo, cuyo brazal, descubierto, es sumidero, cementerio de animales domésticos y foco tan grande de mefitismo que, mientras no se sanee, serán inútiles cuantas medidas se pongan en práctica.

Los enfermos se niegan á tomar el antitífico, y pretenden, á fuerza de sinapismos en brazos y piernas, curarse de las intermitentes, tan perniciosas en algunos, que los matan en pocas horas.

Vimos una casa en que había cinco invadidos: un niño de pocos años, detras de una puerta, agonizaba en el suelo. ¡Cuánto me acordé de mi amigo Tolosa Latour! Otro, de pecho, se encontraba en el estadio de frío

y tiritaba incesantemente; una mujer á quien el acceso había pasado, se encontraba en la calle; otra jóven estaba esperando la invasión, y en un miserable catre un anciano de setenta años, ciego, en la agonía, haciendo más lúgubre el cuadro un candil que, pendiente de un garfio, alumbraba á medias la desmantelada estancia.

En otra cuadra — pues éste es el calificativo que merece — se encontraba otro jóven á quien la tarde anterior habían recogido, con un violento acceso, debajo de la higuera en que se resguardaba de la lluvia: este infeliz estaba sobre unas pajas tendidas en el suelo, revuelto entre palomas, dos caballos y una tartana llena de barro, y á su cuidado únicamente un hermanito de doce años ».

DR. CALATRAVEÑO.



## PRECEPTOS DE LA CIENCIA

### LA DIFTERIA

La frecuencia con que se han presentado y siguen presentándose casos de difteria (*garrotillo*) atacando varios niños de una misma familia, infectando á individuos adultos y sembrando el duelo y el pánico en no pocos hogares, nos induce á dar los siguientes consejos á nuestras lectoras:

I. La difteria es cuatro veces más mortífera que el tífus y ocho más que la tos ferina; urge, pues, acudir pronto y con energía cuando se presente, sobre todo en los niños pequeños.

II. Los accesos bruscos de sofocación durante la noche, acompañados de tos bronca (*perruna* que dicen algunas madres) deben inquietar ménos que la tos pertinaz, sobre todo de igual índole, que produce síntomas de asfixia y aumenta en intensidad y frecuencia, acompañada de fiebre alta.

III. Se examinará la garganta del niño en cuanto éste sienta la menor molestia al tragar ó alteración en la voz, se halle triste y calenturiento, y, sobre todo, haya algun temor de contagio.

IV. Los niños débiles y predisuestos á catarros serán objeto de mucha vigilancia, dándoles una alimentación vigorosa y tónica, sin exagerar los abrigos al cuello y cabeza, pero preservándoles de la humedad y de todo cambio brusco de temperatura.

V. La orientación de los cuartos donde permanezcan los niños será, en lo posible, al Mediodía, huyendo de las alcobas oscuras y estrechas, y evitando que la cuna se halle entre camas de personas adultas.

VI. Las nodrizas observarán cuidadosamente al niño en el momento de alimentarle para ver si traga bien, siendo un síntoma de interés el que no mame y que se presente un flujo de moco blanquecino por las fosas nasales.

VII. Deben aislarse inmediatamente de un modo severo los niños que vivan en compañía del afectado. Las personas encargadas de su cuidado desplegarán exquisita limpieza, evitando que usen los sanos las cucharas y vasijas del enfermo.

VIII. No deben emplearse remedios que no constituyan tratamiento racional instituido por el médico, segun los casos. Sin embargo, si la indicacion fuera de momento, toda madre está autorizada á facilitar la expulsion de las falsas membranas con un vomitivo, la ipecacuana, por ejemplo.

IX. La peor complicacion que puede sobrevenir en un caso de difteria es el desórden y el pánico en los que rodean el enfermo. Conviene, en lo posible, que no le cuiden personas muy afectas, á fin de que las curas se hagan como es debido y las prescripciones se sigan con puntualidad exquisita.

X. La traqueotomía tiene una importancia de primer órden, siempre que se haga á tiempo y por consejo de la Ciencia. No hay que olvidar que es una operacion de urgencia vital.

T. L.



## EL ASILO DE SANTA LUCÍA

No pretendemos hacer en este lugar un minucioso exámen del establecimiento que en la calle de la Ruda ha construido, bajo su direccion, D. Santiago de los Albitos, oculista tan ilustrado como laborioso.

Sólo consignaremos, como meros narradores de la impresion que nos produjo la visita al Hospital Oftálmico, que el Sr. Albitos ha realizado, al fundarle, un laudabilísimo pensamiento, que ha de servir de alivio y consuelo á los enfermos, de enseñanza provechosa á los médicos y de modelo de establecimientos bien instalados y mejor dirigidos.

La disposicion de sus diversas salas de operaciones, dormitorios, habitaciones para ciertos operados, despachos, salas de espera y demas dependencias repartidas en los cuatro pisos del edificio, revela que su director-propietario no sólo es médico inteligente, sino hombre de excelente gusto, pues no hay en el local detalles, que puedan ser de utilidad práctica, en cuya colocacion no rivalice la conveniencia científica con la elegancia artística.

Al acto de la inauguracion, celebrado el lúnes 13 del actual, asistieron el señor curá de San Millan (que bendijo el Asilo), los tenientes de alcalde de la Latina y de Palacio, otras autoridades y un crecido número de periodistas y de médicos distinguidos, todos los cuales fueron obsequiados espléndidamente con un suculento *lunch* por el Sr. Albitos, que, á las cualidades mencionadas, reúne la muy estimable de la galantería.

La Redaccion de LA MADRE Y EL NIÑO, entusiasta de todo aquello que signifique un progreso en las Ciencias y en las Artes, felicita cordialmente á D. Santiago de los Albitos, y desea los mejores resultados y las mayores prosperidades para el notabilísimo *Asilo de Santa Lucía*.

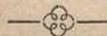
J. P. Z.



## EL HOSPICIO DE MADRID

Recientemente, un periódico ministerial de gran circulacion ha denunciado el hecho incalificable de apedrear varios asilados del Hospicio de esta Corte al coche de un respetable senador. A las reclamaciones justísimas de dicho señor, el inspector respondió con la frase española: *¡A mí qué me cuenta usted!* Efectivamente, tiene razon el vigilante; á quien es preciso acudir es á las autoridades encargadas de vigilar los asilados, á los diputados provinciales, que permiten que continúen los niños yendo á entierros y teatros y dejan que se olviden los encargados de educarlos é instruirles de las reglas más elementales de educacion.

El Hospicio de Madrid no es lo que debiera ser. Es preciso una voluntad enérgica y un gran corazon para modificar radicalmente su organizacion interior. Si el señor gobernador actual se encuentra con entusiasmo bastante para emprender la reforma, la filantropía se lo agradecerá y la generacion futura bendecirá su nombre.



## UN PADRE

(DEL NATURAL)

Dos amigos míos comían naranjas en el balcon de mi sala, mientras yo llenaba unas cuartillas que hacían falta para tapiar un nicho del periódico. Faltábanme ya pocas paletadas de prosa, cuando mis amigos, despues de cerrar los cristales del balcon, cruzaron la sala en direccion á la puerta de la casa y dijeron á un mismo tiempo: — ¡Vamos allá!...

El instinto me llevó hácia el sombrero, y salí también. Entónces, uno de mis amigos me dijo rápidamente: — Es un hombre que pide socorro en el balcon de la casa de al lado.

Bajamos á toda prisa los peldaños de la escalera. En el piso principal, una chica morena tarareaba *La Mascota*. En la calle, un arriero golpeaba á una mula con una vara, y golpeaba á Dios con una blasfemia mal oliente.

Ya en la casa vecina, se abrió bruscamente la puerta del piso tercero y apareció un hombre. En los labios de este hombre, impresionado y nervioso, se veía aún la huella húmeda de un salvaje.

Apénas entramos, cerró la puerta. Mis amigos se dirigieron maquinalmente por un pasillo estrecho y largo. Miré con fijeza á aquel hombre que echaba la llave y el cerrojo para recibir un socorro...

— Yo le conozco á Ud. — me dijo nerviosamente; — le he visto en una casa del barrio de Salamanca.

— Es posible — le contesté con frialdad.

— ¡Ah, sí! Venga Ud.

Y, asiéndome de una mano, casi me arrastró á la sala. Una mesa manchada, un puchero sucio de ceniza, un cofre y algunas sillas de paja; de esto se componía el mobiliario de la habitacion... En un rincon estaba, como pegado á la pared, un niño de ocho años. Tenía

escueto el semblante, y su boca era un surco amoratado y contraído, un surco abierto por el vitriolo de la escrófula en la cara de un ángel. Aquel niño tenía la pasividad del idiota.

Mis amigos habían vuelto de su sorpresa, y, creyendo que yo corría un peligro, se aproximaron á mí.

El hombre recorrió el cortinaje de una alcoba, y me dijo:— Véala Ud.... se muere...

— Efectivamente, se muere — le contesté yo.

Se morían unos ojos de mujer; unos ojos muy grandes, sobre los cuales languidecían unas pestañas muy negras. En el desordenado y pringoso lecho se destacaban aquellos ojos, bailando en sus órbitas y animados por el espanto. Todo lo demás del cuerpo era una convulsión. Cuando el hombre quiso aproximarse al lecho, los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente y se cerraron en seguida. En aquella última mirada de la moribunda había mucho de temor angustioso; había también una reconvención muda, pero triste y severa... Moría sola...

— No quiero que se marche Ud. — me dijo el desconocido; — no, no. He mandado recado al juez... Ud. no sabe lo que es esa familia. Sería muy capaz de decir que he asesinado á esta mujer... Mire Ud., yo estaba casado con la Pepa. Cuando se murió me hice el cargo de que las señoritas no sirven más que para dar quebraderos de cabeza, y me casé con esa mujer, que es una criada...

— Que fué una criada, dirá Ud. — le interrumpí yo.

— Eso es, que fué una criada. De poco me ha servido. Siempre hemos estado de moños. A escándalo por día. Hace poco, en la calle de Peligros, los guardias nos llevaron á la Prevención. La madre me llamaba ladrón porque yo, con el derecho de marido, guardaba las alhajas de la hija. ¡Que yo la mataba de hambre y negándole medicinas! Aquí tiene V. las papeletas de empeño; ésta es la última, de ayer mismo. Mire Ud. ese puchero, lleno todavía de tisana. Estas manos que usted ve han servido para lavar la basurita de las sábanas de esa mujer. ¡Y me han llamado ladrón, y un hermano que se las echa de guapo ha venido de Badajoz á armarme un lfo!... Le digo á V. que fué una escena atroz. Los padres querían llevarse á la hija, y yo no quería soltarla... con el derecho de marido, ¿verdad Ud.? Ellos le tiraban de una mano, y yo le tiraba de la otra. Acudieron los guardias, y al fin pude llevármela en un coche. Pero... ¿se va Ud.?... Hágame el favor de no irse. No quiero quedarme solo. Va á venir el juez, y podrían decir que la he matado.

Sonó la campanilla, se abrió la puerta y dos mujeres se abalanzaron á la alcoba. Despues se oyeron llantos y gritos... — ¡Ay, ya estará en el Cielol ¡bien merecido lo tiene!... ¡Ha sido una víctima mi pobrecita hijal... Miren Uds., caballeros, hace más de un mes que ese hombre no nos dejaba verla...

Eran la madre y la hermana de la muerta.— ¡Venga usted — gritaba la madre, dirigiéndose al yerno; — venga Ud., que se ha muerto ya!

Él contestó con desabrimiento: — Ya lo hemos visto, señora.

Habíase desnudado moralmente, y estaba al natural, un infame de cuerpo entero. Sus ojos habían perdido por un momento la dureza habitual y se reían con cariño, como se reiría la cuerda, á poder reirse, cuando acaba de ahorcar. Sobre el labio inferior se veía aún la última burbuja del saliva, amarillenta y seca, como un esputo del odio, como una estalactita de un corazón podrido.

— Ya verá Ud. — añadió, — ya verá Ud. cómo van á decir que la he matado. Le dijeron ayer á la portera que yo le había dado la gran paliza, en la cama, donde cayó hará cosa de dos meses, de resultas de un mal parto. Yo no sabía lo que hacer. Ningun dinero daba abasto á tanta medicina... Despedí al médico, porque no están los tiempos para tirar á la calle el dinero. ¡Y luégo dirán que la he matado! Comprenda Ud. que hay momentos en que se ciega uno y hace una barbaridad... No se vaya Ud. ¡Si va á venir el juez! Ahí está, ése es...

Sonó nuevamente la campanilla, y se abrió la puerta para dejar paso á una vieja...

— Aquí tiene Ud. — me dijo él — á la señora que la ha asistido. Ella le dirá á Ud. si yo he puesto tasa á las medicinas.

La vieja le miró con miedo y se echó á llorar. Siempre que él la miraba y le pedía que confirmase sus palabras, ella lo veía con espanto, no decía nada y lloraba; pero sin ganas, con mucho estrépito, como si estornudara por los ojos.

Un muchacho trajo un recado de parte del juez. No podía venir... La Justicia se ocupaba en otras cosas... El juez decía que, si el caso era urgente, fuera al Juzgado aquel hombre. Cuando éste supo que el juez no vendría, se calmó repentinamente. Yo aproveché aquel cambio para retirarme con mis amigos. Él no insistió ya en que nos quedáramos...

Al bajar del piso, recordé un chismorreo del barrio de Salamanca.

Una mañana, al salir yo á la calle, la portera de mi casa me detuvo para decirme:

— Señorito, ¿no sabe V. lo que ha ocurrido?

— No, si Ud. no me lo cuenta.

— Pues que se ha muerto la Pepa, esa pobre mujer que vivía en el tercero interior.

— Lo siento.

Ya salía yo por el portal, cuando la portera me detuvo otra vez, para decirme en voz muy baja:

— Oiga Ud., señorito; dicen que la ha matado de una patada en la tripa... ¡Ya ve Ud.! ¡como estaba embarazada!...

.....

Durante la noche del día en que presencié la escena que dejo descrita, una pareja de Orden Público custodió el portal de la casa donde estaba la mujer muerta. El marido, temeroso de que la familia de ésta diera algun escándalo, pidió amparo á la ley.

En la mañana del día siguiente iban calle abajo dos hombres de blusa azul, los cuales conducían de mala gana un ataúd grotesco.

Poco despues salía de su casa el protagonista de es-

ta historia, muy limpio y afeitado, y luciendo en el cuello un pañuelo de colores.

La morena del principal cantaba un aire canallesco de *La Mascota*... Cuando él pasó por bajo del balcon, ella le miró con coquetería de mujer soltera...

Al mismo tiempo ocurrió algo extraño en el balcon de la casa de donde había salido el ataud. Primero se asomaron tímidamente unas manos pequeñitas y delgadas; despues salió todo el brazo y se apoyó sobre la reja, y al fin, mirando de reojo y con mucho miedo, se asomó al balcon una cara de niño, un costuron hecho á mano por la desgracia. En los ojos de aquel niño había muchas lágrimas, y muchas cayeron en el fango de la calle cuando él, venciendo el miedo, sacó la cabeza fuera del balcon para ver el ataud, que cruzaba ya la esquina, y, sin poder remediarlo, dijo llorando: «¡Ay, mi mamita!»

Entónces, sobreponiéndome á los brutales egoismos del corazon, quise gritar á los guardias, cuando todavía se alcanzaba á ver aquel viudo que había vuelto la cabeza para hacerle un guiño á la morena del principal: «¡En nombre de Dios, que se ahorque á ese hombre!»

Pero... no dije nada... ¿Qué le importaba á nadie aquella muerta?...

LUIS BONAFoux.



## EL SECRETO DE LA DOMADORA

### ESBOZO DE NOVELA

#### VIII

#### MISTERIOS

Lo que á mi alrededor acontecía era realmente inverosímil. Nunca había yo visto, ni siquiera imaginado, que se llamase á un médico para despedirle sin que viese al enfermo porque éste delirase: parecíame, y sígueme pareciendo, que, al contrario, el delirio es un signo de agravacion que debe impulsar á todo el mundo á solicitar con mayor empeño los auxilios de la Ciencia. De lo que el criado me había dicho se desprendía, pues, como lógica y natural consecuencia que M. Rouss debía tener algun motivo escondido, allá en los pliegues de su oscuro pasado, para temer que Jenny, en la indiscrecion de su delirio, dijese algo en algun modo comprometedor para él.

Y hé aquí cómo se justificaba en mi ánimo la sospecha, ya ántes concebida, de que allí había un secreto; el secreto, ó, por lo ménos, el misterio que rodeaba la vida de la pobre Jenny.

El criado quizá me podría dar más detalles. Llamé, y se presentó en seguida.

— Señorito — me preguntó, — ¿qué se le ofrece?

— Dime, ¿entraste por la mañana en el cuarto de al lado?

— Sí señor.

— ¿Viste á la señorita Jenny?

— No señor.

— Entónces, ¿cómo sabes que estaba delirando?

— Porque, cuando vine á avisar que había llegado del doctor, le oí que decía: «¡Esas manos están teñidas de sangre! ¡Teñidas de sangre! Storm, mi fiel Storm, arráncale el corazon con tus garras. Pero no, lo destrozarías en vano: ese hombre no tiene corazon: ¡sus manos están teñidas de sangre!» — Y ya ve *usté* que eso no lo dice nadie en su juicio, porque allí no había nadie *manchao* de sangre, y luégo lo decía con una voz que... vamos... *partía el alma*.

— ¿Y no viste nada más?

— Nada más, señorito.

— Bien: puedes irte.

Mi sospecha se había confirmado: había *algo* por lo que M. Rouss no quería que se acercasen á Jenny miéntras deliraba. Pero si la necesidad de ocultar algun crimen podía justificar esto, ¿qué razon podría haber para negarse á que el médico llamado últimamente la auscultase?

Hé aquí algo más difícil de explicar. En vano traté de hallar la clave de aquel enigma.

Era preciso tener paciencia y esperar á la noche... Cuando M. Rouss se fuese al Circo, yo entraría en su cuarto, so pretexto de llevarle la Revista, y ¡quién sabe!...

La idea me pareció excelente.

El día, en cambio, me pareció eterno; mas, como no lo era, la noche llegó, y á las nueve marchóse M. Rouss al Circo.

Cogí la Revista, y con ella en la mano, y la consiguiente emocion en el ánimo, llegué á su puerta, di un golpe, me contestó Jenny con su voz dulce y debilitada: — ¡Adelante! — y yo obedecí.

Entré en una salita, en la que había dos puertas, y en el fondo un balcon, por cuyos cristales penetraba la luz de los faroles. La puerta de la izquierda estaba cerrada; la de la derecha, entreabierta, dejaba paso á una brillante faja de luz.

Hice un esfuerzo, porque la emocion me dominaba, y me adelanté.

— Perdone Ud. mi atrevimiento... — le dije, un tanto confuso y turbado; — le prometí traer la Revista... sabía que estaba mala... y por eso tambien...

— Siéntese Ud. Estoy mejor, gracias. El médico que ha venido esta tarde me encontró muy aliviada, y aseguró que, de seguir así, podría levantarme mañana por mi cuarto. ¿Y decía Ud. tambien que traía la Revista en que se ocupaba de mí?

— Sí — respondióle. — Cuando el muchacho me dió la segunda vez noticias suyas, me dijo que estaba Ud. mejor. Aquí está la Revista.

— Ya me siento bien... tan bien — añadió, — que le escucharía leer con muchísimo gusto.

Y yo, por complacerla, abrí el periódico y comencé á leer.

Al principio me temblaba la voz; pero, á medida que avanzaba en mi lectura, iba animándome progresivamente.

Cuando la terminé, Jenny, que escuchaba con la triste expresion de siempre, extendió sus manos, que yo estreché entre las mías, y me dijo:

— Gracias, amigo mío, gracias.

— No tiene Ud. por qué dárme las, Jenny; le he hecho sólo justicia. Pero... francamente, me entristece pensar en Ud., porque... no puedo apartar de mí la idea de que sufre, y sufre mucho.

— ¡Oh, no, no! Esta mañana, aún tenía mucha fiebre y mucho dolor de cabeza; pero ahora no me siento la más pequeña molestia.

— No me refiero al dolor físico del momento; me refiero á ese dolor, á ese sufrimiento moral que parece aquejarla de continuo, segun bien á las claras manifiesta la expresion del rostro, esos suspiros que trabajan por contener esa sonrisa forzada, esas lágrimas que parecen andar á caza de ocasion para saltar, esa frente inclinada por el peso de algo desconocido... ¡Ah! ¡quién fuera merecedor de conocer esos tormentos para compartirlos, y esos dolores para aliviarlos!

— Siento no poder complacerle, amigo mío, pero no está en mi mano. Hay, efectivamente, en mi vida un punto oscuro cubierto por un espeso velo que no me es dado levantar!.

— No diga Ud. eso, Jenny; ¡quién sabe si lo que usted no ha conseguido sola, con mi cooperacion entusiasta!...

— ¡¡ Quiá!! No hablemos de eso: será lo mejor. Yo he aprendido á ser reservada, y no olvidaré la leccion.

— ¿Tan dura fué?

— ¡Oh, sí! y se la contaré, para que abandone el propósito de oír una confidencia mía. Sólo ésta puedo hacerle, y, al escucharla, comprenderá usted fácilmente que tengo motivos para saber y no olvidar cómo se guarda un secreto.

Y despues de una ligera pausa, me refirió Jenny, con su voz, dulce como una esperanza y agradable como una caricia, el siguiente episodio de su niñez, que jamás se borrará de mi memoria:

FEDERICO DEGETAU.

(Se continuará.)

## SOMMA

Con profundo dolor hemos recibido la triste nueva de la muerte de nuestro ilustre amigo el profesor Som-

ma, de Nápoles, víctima de la cruel epidemia de cólera morbo que ha afligido recientemente tan hermoso país.

En *El Hospital de Niños* rendiremos cumplido tributo á la memoria de este eminente especialista, á quien debe tanto la pediatria. Hoy nos asociamos al duelo de su hermano José por tan sensible pérdida.

## DICHOS Y HECHOS

Nuestro querido amigo y compañero el Dr. D. Benito Avilés *ha realizado su sér* (como diría Kant) casándose con la bella señorita de Tiscar. La Redaccion de LA MADRE Y EL NIÑO desea á la nueva familia toda la felicidad propia de un hogar que cobija la virtud y el talento, asociándose de todas veras á la alegría que embargará el ánimo de sus hermanos los redactores de *La Higiene*.

Han fallecido nuestros distinguidos amigos doctores Montejo y Fernandez de Velasco.

Eran de los pocos hombres trabajadores con que cuenta la Prensa médica, desamparada de muchas inteligencias fecundas que consideran incompatibles el ejercicio de la profesion con el manejo de la pluma.

¡Descansen en paz!

Nuestro pésame á sus familias y á la clase médica española.

En prensa este número, sabemos que la Asociacion de la Prensa se ha reunido (no habiendo podido asistir nosotros) con el fin de honrar la memoria de Manterola y obsequiar á Perez Valdés.

Nuestra adhesion sin condiciones á lo acordado.

El distinguido escritor D. Francisco Arechavala, nuestro buen amigo, ha tenido la desgracia de perder un hijo.

Nos asociamos á su dolor por tan sensible desgracia.

Nuestro colega de Barcelona *El Protector de la Infancia*, al dar cuenta de la nueva publicacion de nuestro ilustrado compañero de Milan el Dr. Guaita, *Mamma e Bambino*, dice acto seguido, aunque en párrafo aparte, que por vez primera recibía (1) el núm. 14 del segundo año de su publicacion de nuestro periódico. Con tal motivo, nos devuelve las frases cariñosas que le dedicamos cuando vió la luz pública á comienzos de este año.

Como quiera que uno de los primeros redactores de dicho periódico nos honró con su apoyo como suscriptor, desde la fundacion de LA MADRE Y EL NIÑO (1883), agradeceríamos á nuestro simpático colega que hiciera constar que el título y el carácter de *Revista de Higiene y Educacion* son anteriores á la publicacion italiana y á cualquiera que en lo sucesivo aparezca con estos títulos.

Creemos esto muy ajustado á la verdad de los hechos. Gracias anticipadas.

(1) Se han remitido por la Administracion todos los números á su tiempo desde el 1.º de año. — *N. de la A.*